

Los deberes

Pieza en un acto

MARCOS GISBERT

El deber de un hombre está allí donde es más útil.

José MARTÍ, *Cartas familiares (Epistolario)*

S'il est vrai que l'homme est libre dans une situation donnée et qu'il se choisit lui-même dans et par cette situation, alors il faut montrer au théâtre des situations simples et humaines et des libertés qui se choisissent dans ces situations. Plongez les hommes dans ces situations universelles et extrêmes qui ne leur laissent qu'un couple d'issues, faites qu'en choisissant l'issue, ils se choisissent eux-mêmes¹.

Jean-Paul SARTRE, *Un théâtre de situations*

I am a citizen of Auschwitz and a citizen of Hiroshima.

Till there is justice there are no other places on earth: there are only these two places².

Edward BOND, *A Writer's Story (The Hidden Plot)*

¹ “Si es cierto que el hombre es libre en una situación dada y que se elige él mismo en y por dicha situación, habría entonces que mostrar en el teatro situaciones simples y humanas, y libertades elegidas en estas situaciones. Sumerjan a los hombres bajo estas situaciones universales y extremas que no les dejan más que un par de salidas, hagan que, eligiendo la salida, se elijan ellos mismos”.

² “Soy ciudadano de Auschwitz y ciudadano de Hiroshima. Hasta que no se haga justicia, no habrá más lugares en este mundo: solo habrá estos dos lugares”.

No volver a la caverna

Hace poco, haciendo limpieza, encontré unas notas escritas a mano que tomé durante el visionado de diversas conferencias de Gustavo Bueno en una conocida web que aloja vídeos, muy posiblemente mientras reunía documentación para la siguiente obra.

Ahí, decía don Gustavo –un gran sabio, y siempre conviene escuchar a los sabios– que es imposible hablar español sin filosofar, ya que es un idioma impregnado de palabras filosóficas, tales como *sustancia, especie, categoría*: “Es un hombre de categoría”. O: “Esto no tiene sustancia”. Y que tal condición proviene de la época de las *Partidas*, que ayudara a redactar otro sabio, Alfonso X. De ahí, continúa, que la Constitución española del 78, acogiéndose a su precisión semántica –o a su falta de ella, quiere puntualizar–, recoja la libertad de pensamiento “con tal de que no sea violento”, de que su expresión no sea por forma violenta. Aquí se esconde una metafísica dualista: el cuerpo y la mente, la violencia y el espíritu, como si pudieras pensar lo que quieras, pero no. Viene a ser como Federico de Prusia cuando se refirió a sus vasallos: “Hemos llegado a un acuerdo: ellos piensan lo que quieren, y yo hago lo que me da la gana”. La libertad es absoluta, pero comídanse. Esta es la ideología dominante, y todo lo que conduzca a posibilidades pacifistas ha de ser abrazado. La libertad pre-escolástica es elegir entre el bien y el mal. La libertad desde Rousseau y Kant es elegir tus propias decisiones. La libertad según Bueno –alineado con el pensamiento de Spinoza, él mismo así lo reconoce– es la conciencia de la necesidad. De este modo se ha conseguido “matar la especie por el género”: decir de “unos violentos” que son “unos asesinos”, y así sucesivamente. Una cosa es la violencia y otra bien distinta, la sedición.

Me di cuenta entonces de que desde esta encrucijada conceptual, cruzando las coordenadas de *lo posible* y *lo real* intentaba abordar un personaje tan inquisitorio como el Matthew de esta obra, quien, a su vez desde su perspectiva milénica, llegaba al mundo, a nuestro mundo, por primera vez. Siguiendo el modelo platónico, la idea de Matthew estaba ahí, flotando en el aire, como quien dice.

Seguí pasando las notas una a una. Las grandes ideas filosóficas se han inspirado siempre en la observación de instrumentos ópticos: desde la antorcha (motivo de la creación del mito de la caverna), luego los espejos, el estetoscopio, la fotografía, el cine y la televisión. Sí. El cine lo inventó Platón. Prácticamente todos los profesores de Filosofía han recurrido a él para explicar el mito de la caverna. Ahora, todo ha explotado con internet y nadie sabe lo que va a ocurrir. Cómo conjugar *lo viejo* y *lo nuevo* cuando ambas experiencias nos son tan cercanas; cómo “recorrer la áspera y escarpada subida” (siguiendo la versión que Manuel Fernández-Galiano hace del mito) que lleva de la “cavernosa vivienda subterránea” a la luz primigenia, la que alumbra las cosas verdaderas, en lugar de la llama de antorcha que proyecta sus sombras. Toda una lección de espiritualismo que más tarde, como muchos otros símbolos e ideas, adoptaría el cristianismo. Bien mirado, internet es *la democratización del conocimiento* definitiva y abre la vereda perfecta para hacer individualmente tal recorrido.

Afirma luego Bueno, siguiendo estas notas desperdigadas, que España es en sí misma un problema filosófico que nos desborda. Lo hace a raíz de la pregunta que formuló Ortega: “Dios mío, ¿qué es España?”. Esta invocación a Dios no es necesaria a la hora de preguntarse, por ejemplo, qué es Suiza. Y es que la nuestra ha sido una aventura histórica, literalmente, que no se puede definir en los términos de Suiza, o Eslovaquia. Una vez más, “el género mata la especie” cuando altas instancias políticas resuelven cándidamente el problema sentenciando que “España es Europa”. Vivimos sobre los restos del naufragio de todos los grandes imperios (incluido el americano), pero en el gran océano en que vivimos esos restos son los

que nos apoyan, y si no nos apoyamos en ellos, otros nos tragará. Es un problema que no puede ser pensado, debe ser realizado en términos históricos y construido desde sus propias ruinas. La segunda lengua con más hablantes, un Siglo de Oro, la invención de la novela, un proyecto cultural y educativo de país (la Institución Libre), que, eso sí, se detuvo en el tiempo —quebrado por la furia y el trueno—, si estos y otros cientos de elementos no son suficientes, es que no hay nada que construir. Si no existe, es imposible. Pero si es posible, tiene que existir.

Lo que caracteriza a los españoles no es un modo de ser (ya que los modos de ser no existen: hay tantos) sino un modo de *estar*. No ser interiormente y buscarse en su esencia, sino estar hacia el exterior, estar a todos lados. No replegarse hacia su historia para tratar de sacar de ella la sabiduría, la razón o la conducta, sino estar continuamente viendo con los ojos hacia fuera, tratando de asimilar, digerirlo todo, de estar controlando todo a la espera de que en cualquier momento podamos tener la oportunidad de intervenir en una acción realmente universal. No es en vano que en el árbol genealógico todos tengamos un general, un obispo y una puta. Pero vivimos en una era en la que no podemos basar nuestra identidad en ninguna tradición.

Termina Bueno, según estas notas encontradas, con una de sus mayores perlas: “España es un país sin bachillerato”. Nuestro filósofo riojano confiesa que la derrota de Alemania en 1945 lo despertó de su sueño idealista. La bomba atómica y el Holocausto son “el ridículo final” (la fractura, la ruptura última) de la idea de progreso y de historia universal.

El rol del artista se ha invertido. En el pasado, el artista producía ficciones. Ahora estamos rodeados de ficciones; el artista debe producir realidad, o mejor, un artificio de realidad. Por ello, más que nunca, quizás solo nos quede mantener la dignidad de la teoría, del pensamiento, del lenguaje, de la palabra. Esta es la reflexión última que se me presentó mientras, cuidadosamente, guardaba de nuevo las notas en el fondo del cajón.

Los deberes

Personajes

PEDRO: *Profesor de Filosofía y Ética. Unos 45 años.*

MATTHEW: *Un alumno de Pedro. Tiene 18 años y es estadounidense³.*

Espacio y tiempo escénicos

Un aula⁴ en un centro público de enseñanza secundaria. En la actualidad.

³ La cuestión del acento en el habla de Matthew no supone un obstáculo en la subida dramática de la pieza. El único rasgo determinante en este plano es su total bilingüismo. Los fenómenos que apenas tienen lugar son de transferencia o mezcla lingüística (inserción de una palabra de una lengua en una frase de otra). Estos cambios de código ocasionales no han de nublar en modo alguno el alcance de los medios y los fines del personaje.

⁴ Siempre que la configuración de la sala lo permita, el público se incorporará al patio de butacas como si accediera al aula justo antes de que el profesor comience a dar la clase.

Es el lento atardecer de un día cualquiera en cualquier ciudad. La escena es parca y austera: una mesa en el centro con papeles y un maletín sobre ella, una o dos sillas, una ventana en el lateral izquierdo, una puerta allá en el otro. La ventana está revestida con lamas plegables cuyos resquicios segmentan sobre las paredes el sol del ocaso. Pedro imparte su lección al público, desde el otro lado de la mesa, frente a un libro de texto abierto.

PEDRO.— Bien, dicho esto... ¿Cuánto tiempo nos queda? Silencio. Silencio por ahí. Es la última hora del día y todos estamos cansados, pero hay que hacer un esfuerzo. Voy a introducir muy por encima la segunda parte del tema nueve, con la que empezaremos el próximo día. “La educación”. Veamos. A diferencia de Rousseau, que habla del alumno motivado, habría un modo más de acceder a esa otra dimensión de la realidad que es el conocimiento. La clave está, una vez más, en Platón. Ernesto, deja la maquineta para más tarde... La geometría, según Platón, pone las condiciones para que sea posible el conocimiento, la comunicación entre dos sujetos incomunicables, profesor y alumno. El vínculo entre ellos, o ellas, no estaría así basado en misterios metafísicos tales como Dios, o la naturaleza siglos después. Cintia, Carolina, dejad ya el móvil... Qué manía con los móviles... ¿Hasta ahí bien? (Pausa) No contestéis todos a la vez, haced el favor. En el diálogo del esclavo de Menón... tenéis un extracto aquí, al final de la página, le pide que se despoje de su personalidad, de su yo, de su *idion*. Su primera pregunta es si habla griego, no para que hable su *idion*, sino para tener un núcleo común con el que poder comunicarse. Hoy, sin embargo, el yo, la psique, las emociones, llamadlo como queráis, rigen todos los sistemas de enseñanza; siguiendo las tesis de Comenius o de Rousseau, que el alumno esté *feliz, motivado*. Esto sí os interesa,

¿cierto? Vaya panda de pájaros estáis hechos... Pero según Platón, sin ese vínculo geométrico que permita transmitir un entendimiento de la realidad, la disciplina de la filosofía no tiene sentido, porque es precisamente la que se acerca a ella. Aún iría más lejos: no puede haber profesor si no es filósofo, en el sentido de que es él quien introduce en los alumnos la interrogación para avivar el fuego del conocimiento, para que cada uno por sí mismo no pueda dejar de avivarlo. Es una lucha constante. “Guerra es el padre de todas las cosas”, dice Heráclito; “a unos hace señores, a otros hace esclavos”. La guerra es lucha constante. El enemigo es la ignorancia.

Timbre de salida.

Está bien, hemos terminado. Nos vemos el próximo día.

También el espacio sonoro se llena durante unos segundos con el ajetreo de sillas, pasos, griterío, emulando la salida del aula de una veintena de alumnos. La frontalidad con el público se rompe cuando Matthew entra por boca de escenario para dirigirse a la puerta de salida. Pedro ordena papeles sobre su mesa. Suena su teléfono móvil. Contesta.

¿Sí, Miguel? (...) Sí, todo bien. Todo bien, de momento.

Tapa el altavoz con una mano y se dirige a Matthew, que está a punto de salir por la puerta lateral.

¿Matthew?

MATTHEW.— Dígame, señor.

PEDRO.— Un minuto. Me gustaría... comentar el trabajo que entre-gaste ayer.

MATTHEW.— Necesito ir al despacho de Miguel por... un asunto. Luego he quedado en el parque, con los chicos. Me están esperando fuera.

PEDRO.— Tengo a Miguel al teléfono. No es preciso que vayas ahora. Y los chicos pueden esperar.

Una mirada discrepante de Matthew. Saca su móvil y, mientras escribe un mensaje, mira a Pedro de reojo. Este sigue hablando por teléfono.

(...) Puede ser otro modo de solucionar las cosas, antes que perder todos la cabeza. Hablando se entiende la gente. (...) De acuerdo, te tendré al corriente de todo.

Cuelga.

MATTHEW.— Usted dirá.

Pedro hurga en su maletín. Coloca sobre la mesa unos bolígrafos, goma de borrar, un encendedor de bolsillo. Finalmente, saca un taco de hojas, sostiene brevemente la mirada sobre ellas, hasta que da con la que busca y la extrae.

PEDRO.— A ver, lo tengo por aquí... Aquí está. La redacción es más que correcta. Las ideas están bien estructuradas. Algún fallo de ortografía, aunque no lo tendré en cuenta por ahora. Hablaré con Mariángeles, de Lengua, y reforzaremos ese punto. Parece que... parece que te estás integrando bastante bien en el grupo. El idioma no es ninguna barrera para ti. ¿Cuánto tiempo lleváis en España?

MATTHEW.— Alrededor de dos años. Hemos vivido en el sur hasta que nos trasladamos aquí definitivamente. Aunque he recibido clases de Español desde que era niño. Mi abuela era de aquí. Soy lo que en mi país llamamos “americano de tercera generación”.

PEDRO.— (*Viendo el trabajo del joven*) Bien, bien. Veamos. Tienes unas ideas muy... particulares sobre este asunto.

MATTHEW.— ¿A qué se refiere?

Pedro le ofrece la redacción.

PEDRO.— Tú mismo. En voz alta.

Un gesto disconforme de Matthew aunque, a pesar de todo, ase la hoja y lee casi con resignación.

MATTHEW.— (*Papel en mano*) “Pensar en los demás no siempre tiene por qué ser bueno de por sí. La sociedad ideal en la que todos avanzamos cogidos de la mano –cantando alegremente con un arcoíris al fondo en el horizonte, por exagerar la imagen–, sencillamente no es posible. Primero, porque siempre existirá gente que no esté de acuerdo con tus ideas. Es imposible que todo el mundo esté de acuerdo en todo, como demuestra la teoría del utilitarismo de John Stuart Mill. Segundo, porque no tiene sentido ponerse en el lugar de alguien que te cae mal o tiene la maldad dentro. Por ejemplo, no tendría sentido ponerse en la piel de Hitler para intentar entender lo que hizo, porque lo que hizo estuvo muy mal. Tercero, es imposible conseguir una sociedad ideal porque siempre hay un Estado que limita la libertad de las personas, y aunque lo llevasen personas buenas, tarde o temprano acabarían por poner leyes en contra de ellas, como dice Hobbes en el *Leviatán*. Por lo tanto, en conclusión, crear una sociedad ideal es imposible porque las personas nunca se pondrían de acuerdo, y porque no se puede entender al otro cuando no nos entendemos a nosotros mismos”.

Pausa de situación.

Cree que soy un racista, ¿verdad?

PEDRO.— Yo no he dicho eso.

MATTHEW.— Quería que hubiese un punto de vista en el trabajo. No solo repetir como un loro las cosas que dice usted en clase. ¿No está bien así?

PEDRO.— Sí, sí. Pero creo que no has sabido explicar bien lo que querías decir. Estás en una edad difícil. Es decir, eso, una edad en la que debéis cometer todos los errores posibles y aprender, para cuando lleguen los problemas reales de la vida adulta.

MATTHEW.— Entiendo. Quiere usted echarme el sermón. Escuche, no soy ese tipo de chico. Creo que obro bien en todo lo que hago y es difícil hacerme cambiar de opinión. Pero si usted quiere, jugamos.

Silencio de situación.

PEDRO.— Está bien. Juguemos. (Pausa) ¿Eres racista?

MATTHEW.— En absoluto. Intento llevarme bien con todo el mundo. No soy como esos chicos blancos, como yo, que van de tolerantes y... ¿cómo dicen aquí?, *guais*, y luego en privado le dicen a uno que los árabes huelen mal. Todas las semanas viene una asistenta sudamericana a limpiar la casa y la tratamos de igual a igual. Que no se sienta mal. También me estoy haciendo muy amigo de Elías, el ecuatoriano de clase.

PEDRO.— Es cierto. Últimamente os sentáis siempre juntos.

MATTHEW.— Creo que así se siente... cómo le diría, protegido. Le doy seguridad y él me hace compañía. De cuando en cuando viene a casa y echamos la tarde jugando a la Play. El resto de los chicos se meten con él. Los mismos que te hablan de los moros cuando estás a solas con ellos. El otro día comenzaron a lanzarle...

¿Sabe? Cuando cogenes dos metros de papel higiénico, haces una bola y la mojas... se convierte casi en un arma arrojadiza. Como una pelota de goma. Cuando hacen esas cosas, intento ponerme en medio y pararlos.

Silencio de situación.

PEDRO.— Volvamos a tu redacción.

MATTHEW.— Como quiera. Me ha preguntado si soy racista y tengo que decirle la verdad.

La suficiencia mostrada por el joven incomoda a Pedro.

PEDRO.— Eso es. Y deja de hablarme de usted, por favor.

MATTHEW.— En cierto modo, lo que le digo ahí es cierto, tal y como lo pienso: no se puede entender al que es diferente de ti. Allá en San Diego, la ciudad de donde vengo, vivíamos en la misma finca una familia árabe, una sudamericana, otra india, otra de italianos y otra que me parece que era de Rumanía. ¿Usted cree que puedo entenderlos a todos, con sus culturas, sus creencias, sus formas de relacionarse? ¿De comer y hacer el amor? ¿De ver la vida? ¡No! No nos conduciría a nada. Lo más que puedo hacer, como decía mi papá, es crear una barrera de discreción. Hay cosas de ellos que no me gustan. ¿Les obligo a cambiar? ¡No! Eso sería lo racista. De hecho, creo que *racista* es una palabra racista. Creamos una barrera de discreción, de cordialidad, de cortesía, y que cada uno se las arregle con lo suyo. Amar al otro no es comprenderlo, ponerse en su piel, darle un abrazo... Menuda cursilería. De pueras adentro, que hagan lo que quieran con sus vidas.

PEDRO.— Y así tú, al mismo tiempo, también podrás hacer lo que quieras, ¿no?

MATTHEW.— ¡Exactamente! Exactamente, así lo veo.

Silencio de situación. Pedro está a ojos vistas incómodo.

PEDRO.— No sé si estás enterado. El claustro de profesores se ha reunido a mediodía para discutir... debatir... el asunto en el que estamos envueltos... en el que *todos* estamos envueltos. Nadie quiere sacar las cosas de quicio. Así que como medida preventiva, y solo como medida preventiva, te hemos confiscado... hemos requisado, solo temporalmente, la... el arma que ha aparecido esta mañana en tu mochila.

MATTHEW.— ¡Lo sabía!

PEDRO.— Veamos, Matthew... La normativa escolar contempla la confiscación de cualquier objeto si lo considera oportuno. Hasta que resuelva qué hacer.

MATTHEW.— Claro, señor. Aquí solo puedo comprar una para practicar caza o tiro deportivo. Es un hecho.

PEDRO.— ¿Entonces?

MATTHEW.— En mi país es muy habitual, señor. América...

PEDRO.— ¿Te refieres a Estados Unidos?

MATTHEW.— Sí. En los Estados Unidos es un derecho constitucional.

PEDRO.— Ya, pero es que no estamos en Estados Unidos. Esto no es América. Aunque parece que muchos de vosotros actuáis como si lo fuera. Algo ridículo, porque no lo es.

Silencio.

La cosa se ha puesto muy tensa en la junta de profesores. Ningún protocolo contemplaba esta situación. Antonio, el nuevo de Inglés, ha tenido que tomarse su ansiolítico antes de tiempo. Mariángel ha comenzado a hablarnos en un grito, estaba fuera de control: “¡¿No os dais cuenta de que en cualquier momento puede liarse a tiros contra todos nosotros?!?”.

MATTHEW.— Eso sí es ridículo. Nunca haría una cosa así. Tengo mi licencia americana desde hace años, y la autorización especial de uso para menores. Ni siquiera la necesito porque ya soy mayor de edad. Desde hace dos meses. Y afirmo que estoy en mi derecho a llevarla encima.

PEDRO.— Eso es mucho afirmar. Con la mayoría de edad ganas el derecho a voto, a firmar contratos, por ejemplo, a comprar o vender cosas, a emprender acciones judiciales o ser titular de negocios. En definitiva, a ser responsable de las consecuencias de todos tus actos. Pero decir que eso te da derecho a...

MATTHEW.— Es justicia universal. No debería depender de un país o de otro. (Pausa)

PEDRO.— Pero estamos en un país文明izado. Bueno, quiero decir.. Hay leyes, normas...

MATTHEW.— Dese cuenta, señor... Vivimos rodeados de armas: cuchillos para comer, cierto material escolar, el cable de los auriculares, todos esos electrodomésticos con cuchillas y placas eléctricas, ese encendedor que tiene usted encima de la mesa... Incluso el coche en el que viene a trabajar todos los días es una máquina de matar. ¿Significa eso que va usted a atropellar al primero que pase? Lo mismo ocurre con mi Walther. Es solo cuestión de grados, señor. Pero todo se reduce a lo mismo.

Pausa. Pedro, en su afectación, desconoce el tipo de contestación que han de generar las palabras del joven.

PEDRO.— Podemos hablar con el director y no pasar a mayores. Pero tendrás que deshacerte inmediatamente de...

MATTHEW.— Uf. No saben nada.

PEDRO.— ¿No sabemos? Sabemos solo lo que tú quieras contar. No quiero juzgarte, únicamente entender tus motivos. Y hay algo... falta algo en todo lo que dices. Puedes hablar sin miedo. En confianza. Aquí estás a salvo, por eso estoy yo aquí. Por eso te he pedido que te quedaras.

Larga pausa.

¿Por qué has venido al centro con un arma, Matthew?

Ante lo insorteable, a Matthew le sobreviene la primera de sus confidencias, a modo de trance o íntima revelación. Es la sola evidencia del hombre bueno cuando se sabe confundido.

MATTHEW.— ¡No tengo una explicación! Mire, ha sido... Siempre ha sido así. Pequeños objetos de acero pesado que están por todas partes desde que naces. Le confesaré una cosa. Las coleccióno. Ya tengo veinte. La mayoría son reproducciones de modelos que ya no se fabrican. Me gusta observarlas, todas ellas colocadas en línea tras el cristal del armero. Puedo pasarme horas delante de ellas. Imagino... aventuras. No soy de esos yanquis chalados, como los que salían a defender su tierra a escopetazos. Ninguna bobada de esas. (*Hace una pausa*) Si supiera cómo las mimo, son mis pequeñas reliquias, lo que me distingue de los demás. Los domingos salgo con mi padre a practicar. Es lo que hago con él. Lo único que nos une. Después de cada disparo hay que limpiarla. Quedan residuos y sedimentos en el interior del cañón. Al llegar a casa, cojo todas las que hemos usado, las desensambló una a una, corredera, varillas de guía, armazón. Lubrico el arma con aceite especial, y empujo el parche con disolvente, una y otra vez.

Luego la restriego con una toalla de fieltro y un cepillo pequeño... y no hago daño a nadie. Todo el mundo tiene sus distracciones, ¿no? Mi imaginación vuela entonces, y hace que me sienta mejor.

PEDRO.— De acuerdo. Estás muy familiarizado y tienes fácil acceso a ellas. Son... pequeños fetiches en un relicario. No hay ningún problema. También yo tengo los míos... supongo. (Hace una pausa) Aun así, hay algo que te ha impulsado a dar el salto. Una laguna que se me escapa. Quiero ayudarte, Matthew. Ayudarte a que, entre los dos, esta situación no termine en catástrofe.

Matthew, apartado, quizá de espaldas al profesor, sigue desvelándose.

MATTHEW.— Él siempre me insiste en tener cuidado cuando la uso. Apretar el gatillo es como pulsar el interruptor de la luz. Una vez has disparado, es imposible hacer volver la bala atrás. Uso responsable. Usted, en cambio, solo insiste en el lado negativo del problema... Un día dijo en clase que no debíamos preguntarnos “¿Soy feliz?”, que la pregunta era: “¿Soy libre?”.

PEDRO.— Eso mismo, Matthew. ¿Crees que realmente has sido libre en lo que has hecho?

Un largo silencio, a modo de tregua. La última pregunta del profesor ha desactivado los mecanismos de la represión. Ya no es un entorno enteramente hostil y el hilo de la confidencia podría alargarse.

MATTHEW.— Escuche, soy consciente de que mi forma de actuar es... poco ortodoxa. Pero no pensaba hacer nada con ese trasto.

PEDRO.— ¿En ese caso?

MATTHEW.— Está claro que no ha visto usted a los más forzudos de clase en plena acción. Si estuviese en mi lugar...

PEDRO.— Ya he pasado por el instituto y he tenido tu edad, gracias, y no es una etapa por la que volvería a pasar...

MATTHEW.— ... si estuviese en mi lugar, no le desearía que la tomasen con usted.

PEDRO.— Bueno, vemos que os dais collejas y os lanzáis unos encima de otros en el patio, como pequeños bárbaros desatados. Pero quiero pensar que en el fondo son gestos de afecto, de camaradería. Los chicos haciendo de las suyas.

MATTHEW.— (*Risa cuasigrotesca*) Oh, Dios, no sabe usted nada. Lo que hacen dentro de la escuela solo es un tanteo, una prueba para comprobar cómo reaccionaremos fuera.

PEDRO.— ¿Qué ocurre fuera?

MATTHEW.— Todos los meses nos citan en una ladera escondida del parque central. Es una obligación. Quien no acude, ya puede prepararse para ser el objetivo durante todo el mes siguiente.

PEDRO.— ¿Qué ocurre ahí?

MATTHEW.— Peleamos. Puñetazos, patadas, mordiscos. Dos se colocan en el centro y el resto permanecemos en círculo, animando a nuestro favorito a gritos. El primero en sangrar o en desmayarse, pierde. Ellos hacen de árbitros. Lo llaman “la pelea de perros”. A veces lo grabamos con el móvil y lo compartimos en el grupo...

PEDRO.— Es absolutamente intolerable. Tendré que informar de esto al director.

MATTHEW.— Vamos, señor. ¿En qué mundo vive? Se protege usted tanto... como en una burbuja. Oiga, este sitio, el mundo... Vivimos

en una jungla. Y hay que elegir si ser lobo o ser cazador. ¿Qué se puede decir que es usted?

PEDRO.— Aún intentarás convencerme de que actúas por el bien de la humanidad.

MATTHEW.— Por supuesto. Así es. Le agradezco que haga un esfuerzo por comprenderme.

PEDRO.— Vaya, ahora eres tú quien me evalúa.

MATTHEW.— No, no. Nada más lejos de mi intención, profesor.

PEDRO.— La pelea de... Esto es de locos. Está bien. Desisto. (*Larga inspiración*) Creo que ya es momento de hablar en serio. De que hablemos sobre el claustro de urgencia que hemos tenido a mediodía.

Matthew no responde.

A ver. En un principio había dos maneras de resolver esto, si es que hay alguna manera de resolverlo. Una era... Voy a intentar contártelo así, veamos, con algo sencillo. Todos los años, el tutor de cada departamento debe preparar la memoria anual de su asignatura, una especie de programa didáctico. Ahí se indican también las obligaciones, las competencias, las normas que deben cumplir profesores y alumnos.

MATTHEW.— Los derechos y los deberes.

PEDRO.— (*No sin cierto incomodo*) Sí, los derechos y los deberes. Bien, el año pasado nos vimos en un pequeño apuro cuando un alumno copió durante un examen. Yo estaba vigilando, y te aseguro que fue algo descarado. Él, por supuesto, negó la mayor. Los padres incluso se quejaron al centro, diciendo que cómo iba su

hijo a copiar en un examen. Era solo mi palabra contra la suya, y esto es lo extraño: el centro no pudo anular el examen ya que en ningún lado de esa memoria anual se especificaba que los alumnos no pudieran copiar. Según la normativa interna del centro, copiar en un examen no podía ser motivo de sanción. Parece que nos encontramos ante la absurda situación de que todo lo que no está prohibido, está permitido.

MATTHEW.— No sé adónde quiere usted ir a parar.

PEDRO.— Bueno, lo que está ocurriendo hoy contigo nos sitúa ante el mismo dilema. A escala vesánica, claro está, pero mismo dilema. Si nos ceñimos a la normativa interna del centro, en ningún lugar está especificada la prohibición de que un alumno lleve encima...

MATTHEW.— Entiendo. Entonces van a devolvérmela, ¿no?

PEDRO.— Bueno, me temo que eso no es posible, Matthew. Un modo de resolver esto, como intento decirte, sería acogernos a la normativa del centro. Te abrimos un consejo disciplinar, pides disculpas, desactivamos la... el trasto, como tú lo has llamado. Y todo queda como una anécdota interna del centro. Aunque triste, una anécdota.

MATTHEW.— ¿Qué otro modo hay?

PEDRO.— Bueno... sería no acogernos a la normativa del centro sino a... cómo decirlo... a la legislación vigente.

MATTHEW.— ¿Van a denunciarme?

PEDRO.— No está descartado.

MATTHEW.— ¡!

PEDRO.— No es la opción que yo elegiría, créeme. Primero he intentado convencer al claustro de que todo se resuelva como un asunto interno. Pero era incontrolable. Ni uno solo de los profesores podía hablar con claridad. Ya te he dicho que se ha armado mucho revuelo en la sala. Luego he considerado que lo más sensato era que nos sentáramos antes contigo. Hablar en un entorno cordial y sosegado, distendido, como tú y yo ahora. Hacerte entrar en razón. No creas que ha sido fácil convencerlos. Y hemos redactado esta carta...

Pedro extrae un sobre de su maletín y despliega la hoja.

La he redactado yo y, en general, el claustro ha aceptado a regañadientes. (*Mientras Matthew lee la carta*) En ella declaras estar totalmente arrepentido por lo que has hecho y no volver a hacerlo nunca más, y dejas el arma en manos del instituto. Nos ahorraremos así la denuncia y un consejo disciplinar que, por lo extremo del caso, podría traer consecuencias nada deseables para la vida normal del centro.

MATTHEW.— ¿Firmo, me voy a casa y aquí no ha ocurrido nada? ¿Así no me expulsarán y no habrá denuncia? ¿Es eso lo que me está diciendo?

Pedro asiente.

Me ha tenido entretenido todo este tiempo para que no saliese del instituto. Ni siquiera del aula. ¡Me ha secuestrado!

PEDRO.— Bueno, yo no diría tanto. He intentado... Hemos intentado buscar otro modo de... solventar el problema. Una tercera vía. Aquí la tienes. Firma y todo se quedará en un lamentable malentendido.

MATTHEW.— No quiero perder mi Walther.

PEDRO.— Matthew, si no firmas la carta, todos salimos perdiendo. Obtendrás la expulsión inmediata, no sé qué será del arma pero no augures nada bueno, y yo aquí habré fracasado. Por no hablar de la Dirección del centro... que sería fácil que acabara denunciando... No es más que un intento de resolver esta situación del modo más pacífico posible.

Matthew lo observa durante unos segundos. Tras un silencio, coge un bolígrafo y firma.

Es lo mejor para todos. Hay tantos elementos que están fuera de tu control... Ahora vete a casa. ¿Qué es lo que más te gusta cuando quieras hacerte un regalo?

MATTHEW.— Una buena merienda nada más llegar. Gofres con chocolate. Y doble ración de nata. Con mucho cacahuete molido. Y sirope de fresa. He merendado muchas veces así con Elías.

PEDRO.— Vete a casa y hazte una de esas merendolas. Y olvídalas todo. Nosotros nos hacemos cargo.

Matthew está desconcertado. En el trayecto hacia la puerta lanza miradas dubitativas a Pedro, que este a su vez responde con decidida afirmación. Sale. Pedro entonces libera una honda espiración. Se da unos segundos a sí mismo. Agarra el teléfono móvil y selecciona un contacto de su agenda.

¿Miguel? (...) Primer estadio superado. (...) Sí, ha firmado la carta. ¿Te das cuenta? (...) Ahora hablamos con la familia, se la devolvemos y hasta aquí llega el alcance de este asunto tan desagradable. (...) El Consejo Disciplinar habría sido un caos. Imagina la reacción del AMPA, por no hablar de la denuncia y la resonancia pública que habría podido tener. (...) No, no, ni hablar. Había que acabar con esto como quien resuelve una riña familiar. Creo que deberíamos mantener una reunión de urgencia mañana

a primera hora, cuento yo la situación en el claustro, y por la tarde nos vemos con la familia. (...) Sí, ha sido un día bastante intenso, pero ya ha terminado todo. (...) De acuerdo, sí, gracias. Adiós.

Cuelga. Comienza a reunir papeles. En ese momento suenan dos golpes sobre la puerta. Honda extrañeza en Pedro. Matthew ha vuelto.

MATTHEW.— Disculpe, señor. Hay una cosa que no he terminado de entender. ¿Podría dejarme un minuto la carta de nuevo?

PEDRO.— Claro... Sí, cómo no...

Pedro le cede la hoja. Matthew lee con atención.

MATTHEW.— Aquí, en la parte final. Donde dice que será el centro el que decidirá qué hacer con mi Walther. ¿A qué se refiere exactamente? Porque no van a coger y tirarla a un contenedor sin más. Pensar en esto es lo que me ha hecho dudar. Dígame, ¿cómo pretenden deshacerse de ella?

PEDRO.— Bueno, esperamos contar con la ayuda de tu familia.

MATTHEW.— ¡Mis padres! No, no. Nada de eso. (Con ira creciente) Ha jugado sucio. Con sus frases de misionero de parroquia, “habla sin miedo, aquí estás a salvo”. ¿Sabe? Los sujetos como usted son los primeros de los que hay que protegerse. Son peligrosos. ¡No, eso que dice no va a ocurrir!

Matthew hace trizas la carta. Pedro se lleva las manos a la cabeza.

PEDRO.— Esperaba que lo comprendieras por ti mismo. Pero cómo podía siquiera esperarlo. Deberías haber sido más astuto, ¿sabes? Decir por ti mismo que te arrepentías, que no sabías bien lo que hacías, que jamás volveremos a encontrar un arma en el centro.